

Socialismo descafeinado

HACE poco se nos anunciaba un big-bang en el socialismo francés. Los peor intencionados apuntaban a un simple gesto electoral, ante la avalancha de votos para la derecha en los comicios celebrados a finales de marzo de 1993. Pero el problema parece más general. Y, sobre todo, existen datos objetivos irrefutables relativos al menos a alguno de los modelos socialistas.

Acaso sea auténtica la afirmación de algún líder socialista francés, que recientemente sostenía que existe una cierta cadencia rítmica en las «refundaciones» socialistas. Según esta opinión, se produciría una de aquéllas por cada generación: las fechas serían 1909, 1920, 1946, 1971... Y lógico resulta pensar que ahora sería —desde 1989— llegado el turno para algo parecido a una nueva revisión, como en su día ocurriera con Bad-Godesberg. Los síntomas, sin embargo, nos muestran en el presente una enfermedad de mayor gravedad.

Todo un imperio se ha desmoronado en muy poco tiempo. Los países de socialismo real han hecho crisis. O, si se prefiere, han fracasado los intentos de un socialismo no democrático. Y esas olas han producido un auténtico maremoto en el resto de la familia socialista, hasta el punto de que el epicentro de esta convulsión ya no puede situarse sin más en el Este.

Cualquier persona que se acerque desapasionadamente al problema, convendría con nosotros en que algunas de las

viejas aspiraciones del socialismo se han hecho realidad y forman ya parte del acervo cultural común de la humanidad. Pero ese mismo hecho ha producido un vaciamiento de las arcas socialistas, en su momento llenas de ideas y de reivindicaciones sociales, económicas y políticas, y hoy con no pocas carencias o repletas de agujeros negros.

PARECE ciertamente estéril la polémica de quién se ha acercado al otro. E igualmente deshonesto sería no reconocer que los avances de los últimos tiempos también se deben a otros influjos, incluida la doctrina social de la Iglesia. Lo cierto y verdad es que ha habido, y sigue habiendo, desplazamientos múltiples. No pocos de ellos tienen como objetivo la conquista del centro. Y en su gran mayoría dan como sentado el fracaso del modelo capitalista dentro de la economía.

Se acepta, acaso a regañadientes, que por el momento no existe alternativa a dicho modelo. Así, se considera casi paso obligado la conversión a la socialdemocracia, la cual se conforma con una política posibilista de reformas y ello desde la faz humanista que no cabe negar a esta tendencia. El neocapitalismo social se apropia de las ideas socialistas. Y además se comparte un campo único de referencia, el estado social de derecho como estructura jurídica de la economía social de mercado. De esta manera se produce una cierta pérdida de identidad del socialismo democrático; se acabó la utopía y comienza el reinado del posibilismo, tanto en el Este como en el Oeste.

Ahora bien, eso no significa necesariamente que deba abandonarse todo el socialismo, como algo inútil, o carente ya de contenidos. Existen aún hoy día no pocos retos, cuyos logros dependen en gran medida de la multiplicidad de enfoques que se den para su consecución.

Quizás el llamamiento de Rocard tenga esa última e íntima explicación. Se trata de federar a una serie de fuerzas políticas, de reaglutinar a la izquierda y a parte del centro democrático. Faltan aún muchos perfiles como para que

podamos pronunciarnos al respecto con capacidad suficiente. No faltan, empero, algunas críticas surgidas inmediatamente después de la propuesta: se considera un error la inclusión de los comunistas reformadores, a los que se cree incompatibles con ese disputado centro que todos quieren ocupar; también se subraya la desvertebración característica de los ecologistas, que sólo subsisten en el ámbito de la autonomía; se tacha de oportunismo a la propuesta, bien por ponerse el parche antes de la herida de las elecciones, bien por concebirla como prematura avanzadilla de las presidenciales francesas.

Menos criticable parece —aunque los intentos no sean nuevos en la Europa continental, y especialmente en el espacio de la izquierda de España— el querer superar la estructura o el formato externo del partido. Creemos que muchas de las discusiones de la teoría del Estado en los próximos años van a tener este foco concreto de preocupación.

ALGUIEN pensará que en el futuro habrá una modificación en el imperativo: el «uníos» será sustituido por el «ecologizaos», dada la pérdida de valor de la primera invitación a los proletarios de todo el mundo. Pues bien, aun a sabiendas de que quizás el Estado vaya en lo sucesivo por derroteros favorables a las privatizaciones y tienda a asumir menos cargas sociales, estimamos que el futuro no debe olvidar otros contenidos igualmente imprescindibles y que, aunque compartidos por otros partidos o plataformas democráticas, deberán estar incluidos en ese programa: la actualización del Estado social de derecho, con nuevas soluciones para las lacras aún no resueltas, e incluso para revisar al alza el contenido social de otras ya consolidadas en materias varias; la vigilancia diaria por conseguir que nuestros sistemas políticos no sean meras democracias formales; el necesario giro de las libertades, de forma que éstas no sean libertades consistentes en «encierrros»; y, por último, y no por ello menos importante, el mínimo componente utópico... Ya que hablamos de Francia recordemos a Lamartine: «les utopies ne sont souvent que des vérités prématurées».